

Retrato de un hombre solo

JOSÉ ABAD

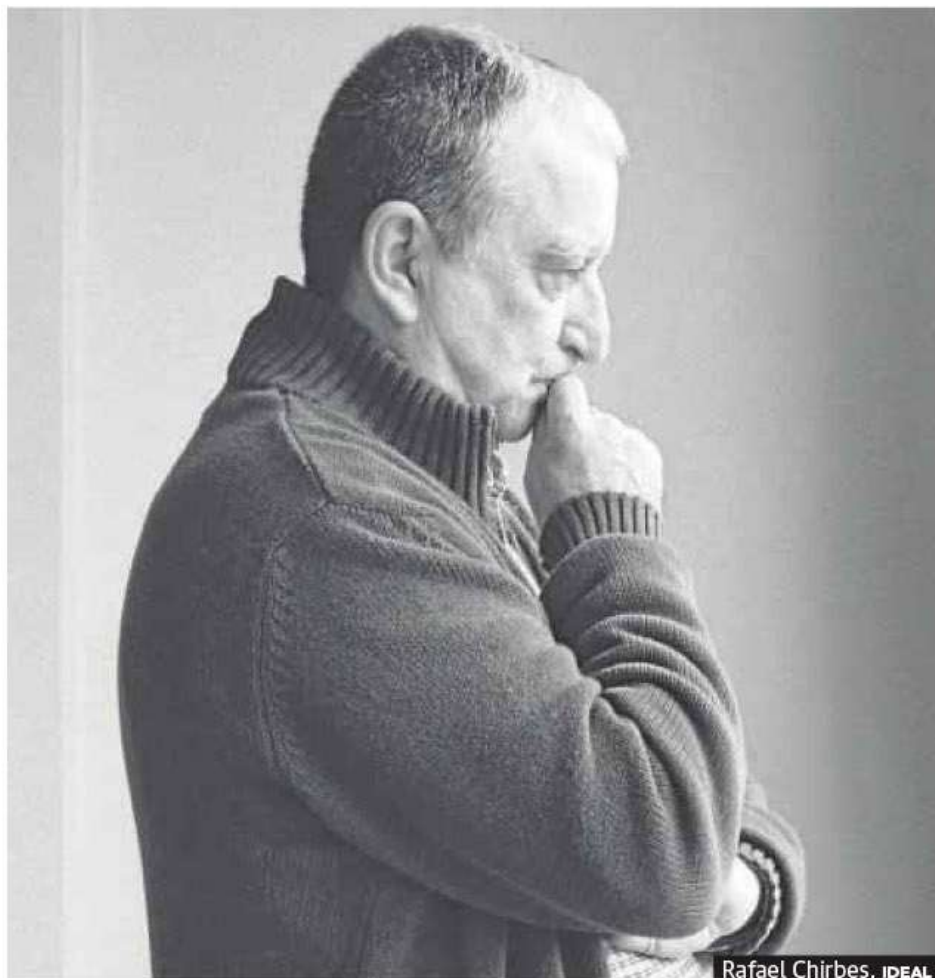
La editorial Anagrama ha publicado el segundo volumen de los diarios de Rafael Chirbes, una obra decisiva para entender el hombre y el tiempo que le tocó vivir

Conocí a Rafael Chirbes —como escritor y como persona— gracias a la intercesión de José Gutiérrez, poeta y amigo. En un primer momento, Gutiérrez me aconsejó la lectura de 'La buena letra'; más tarde realizó las gestiones oportunas para que pudiera hacerle yo una entrevista con destino a 'El fingidor'. Contacté con Chirbes por teléfono en los primeros meses de 2007 —siempre se mostró extremadamente atento y educado— y quedamos en que le enviara el cuestionario por correo electrónico, que respondió con prontitud y diligencia. Nuestro gozo en un pozo: 'El fingidor' dejó de publicarse de repente. ('Extramuros' rescataría esta entrevista algún tiempo después). En el ínterin, llegó a las librerías la obra que habría de consagrarlo: 'Crematorio' (Premio Nacional de la Crítica 2007).

Invitaron a Chirbes a la Feria del Libro de Granada y me propuso acompañarlo en la presentación. Llegó a nuestra ciudad el 25 de abril de 2008. Nos citamos en una cafetería de Plaza Nueva unas horas antes del evento y, una vez terminado el acto, estuvimos tomándonos unas cervezas en compañía de un buen amigo, el pintor José Ruanco. Chirbes y yo nos caímos bien, o eso creo. En la feria, se empeñó en comprar una novela mía... que, por cierto, no le gustó; me telefoneó para explicarme por qué. Durante unos meses tuvimos una relación epistolar aceptablemente intensa; le envié el manuscrito de un libro inédito que también se molestó en leer.

Aquella tarde de abril presenciamos una escena que no descarto que aparezca en sus diarios: mientras estábamos en la cafetería, un camarero abrió un toldo exterior que llevaba tiempo sin abrir; se subió a una silla y, al tirar del toldo, una paloma muerta cayó encima de una mesa de la terraza, y desparramó el cargamento de gusanos que daban cuenta de ella. El camarero se puso a limpiar el desaguisado frenéticamente. «¿Ves? —dijo Chirbes—. Este es el mundo de 'Crematorio'». A pesar de este comentario, él rehuía hablar de sus libros; prefería hablar de los libros de los demás o de literatura en general. Rechazaba en pleno la literatura de imaginación; según él, la novela debe cimentarse en la realidad e intentar iluminarla; su cometido jamás será el entretenimiento: «Para eso ya está el cine», sentenció. Discrepé entonces y discrepo hoy: el entretenimiento te permite tender puentes; lo novelesco no está reñido con propuestas de calado. Discrepo, insisto; sin embargo, quien ha hecho literatura con mayúscula ha sido él, no yo. A partir de unos postulados tan severos, Chirbes elaboró una obra narrativa de altura: 'La buena letra', 'La larga marcha', 'La caída de Madrid', 'Los viejos amigos', 'Crematorio', 'En la orilla'...

He tenido muy presente nuestra conversación mientras leía el segundo volu-



Rafael Chirbes. IDEAL

«A los escritores se nos va la fuerza por la boca; si cuentas tu novela, casi seguro que ya no la escribes»

men de sus 'Diarios. A ratos perdidos 3 y 4' (Anagrama), que documenta precisamente la gestación de 'Crematorio'.

Este volumen abarca dos años escasos de su biografía, desde principios de 2005 hasta principios de 2007. Chirbes confiesa de manera insistente sus muchas dudas para darle forma definitiva a 'Crematorio', todavía sin título; en una entrada del 22 de febrero de 2006, escribe: «Me gustaría ver alguna luz en lo que escribo, ¡la novela! Ahora tengo tiempo, puedo permitírmelo: lo que me falla es la fuerza, la voluntad, la inteligencia, qué sé yo, me falta casi todo». A través de estos apuntes lo vemos posponiendo continuamente la hora de la verdad, el de sentarse a escribir, ese momento en el que dices 'yo soy yo'. Chirbes recurre a diversas estrategias para ponerse manos a la obra: «Escribir y no hablar, es lo que tiene que hacer un escritor. (...) A los escritores se nos va la fuerza por la boca; si cuentas tu novela, casi seguro que ya no la escribes», se insta a sí mismo el 15 de mayo de 2006. A menudo teme no estar a la altura; no quiere caer en ninguna de las trampas que señala en las novelas de los demás.

Las dudas alcanzan a sus propias dotes como escritor: «No creo que haya persona menos dotada para la escritura que yo», confiesa el 9 de junio. Y mientras cuestiona su valía como escritor, llena una tras otra páginas lúcidas, demolidoras, sobre su día a día.

Respecto al primer volumen de sus diarios, este segundo es más reflexivo, 'menos escandaloso', y de hecho no está dando tanto de qué hablar. Mejor así; creo que al primer volumen no lo ayudó el ruido de fondo provocado por ciertas confesiones íntimas. Chirbes prescinde en gran medida de sus aventuras sexuales para centrarse en esta lucha continua con las palabras, esta búsqueda constante, y reivindica la lectura como ejercicio obligatorio para quienes nos dedicamos a la escritura. Esta lucha, esta búsqueda, esta práctica dan sentido a nuestra existencia. En este segundo volumen de los diarios, Chirbes se acerca a la sesentena y siente que la vida lo va retirando o jubilandando de muchas cosas, pero en ningún momento pierde la fe en este arte antiguo: «Llevo días y días sin salir de la habitación más que para comer, con la certeza de que no tengo más amigos que los libros», escribe el 23 de noviembre de 2006. Mantenerse al margen de las servidumbres y componentes habituales del mundillo lo ha condenado a la marginación y la soledad. De hecho, el retrato resultante es el de un hombre tremendamente solo, irremediablemente solo.